

La seguridad alimentaria en las Américas

Chelston Brathwaite

DIRECTOR GENERAL DEL INSTITUTO INTERAMERICANO DE COOPERACIÓN PARA LA AGRICULTURA (IICA)

En la reciente Quinta Cumbre de las Américas, el Instituto Interamericano de Cooperación para la Agricultura (IICA) tuvo oportunidad de presentar una nueva visión para el Sector Agroalimentario de las Américas, la cual busca definir el papel crucial que ese sector desempeñará en el logro de la prosperidad humana, la seguridad energética y la sostenibilidad ambiental.

Los retos que enfrenta la economía global se vuelven cada vez más complejos. La crisis trae serias consecuencias para las naciones del hemisferio: se registra una disminución en las inversiones extranjeras directas, en las remesas y la llegada de turistas, con sus implicaciones de contracción económica y creciente desempleo.

Pese a tal panorama, es posible que la reciente rebaja en los precios de la energía y de los alimentos nos lleve a la errónea conclusión de que los desafíos que enfrentamos en el 2008, debido al rápido aumento en el precio de los alimentos, han finalizado y podemos volver a la normalidad.

Por el contrario, concuerdo con muchos profesionales del sector agroalimentario de todo el mundo en que nuestros problemas de seguridad alimentaria no han terminado y que la reciente disminución en los precios de los alimentos es un reflejo de la turbulencia de los mercados internacionales y una menor demanda asociada a la reducción de la actividad económica global.

Los problemas a los que se atribuyó la crisis de precios de los alimentos del año pasado (sequía, biocombustibles, altos precios del petróleo y reservas de granos reducidas) no han desaparecido y más bien pueden empeorar.

La recesión en las economías de los países desarrollados impactará la demanda mundial de alimentos y contribuirá a bajar los niveles de inversión en el sector agrícola. Llegó, por lo tanto, el momento de poner en práctica una estrategia integral y holística dirigida a abordar la falta de atención que se le ha dado al sector agrícola en los últimos 25 años.

Una necesidad humana básica

La crisis global subraya la urgencia de satisfacer la más básica de las necesidades humanas: contar con alimento en la mesa. Aquellos que tienen la responsabilidad de mantener a sus familias piensan en ello todo el tiempo; pero se requiere que los gobiernos aborden el problema a una escala mayor, como un asunto de seguridad nacional para sus ciudadanos. La provisión de alimentos no debería dejarse simplemente a los caprichos del mercado.

Conscientes de que nuestras democracias no son sostenibles si los ciudadanos no tienen acceso a los alimentos, en el IICA hemos hecho de la seguridad alimentaria un punto básico de nuestra misión.

Los fatales disturbios acaecidos en Haití hace algunos meses a causa de la crisis de los alimentos nos dieron una imagen del peor escenario posible. Creemos que no se debe recurrir a la violencia en las calles para incitar el fortalecimiento de la seguridad alimentaria en el hemisferio, pero también sabemos que “los pobres de la región y sus familias están sufriendo los efectos de la crisis financiera y alimentaria y no están preparados para el impacto del cambio climático”, como asegura el Programa Mundial de Alimentos.

Bajo estas circunstancias, la región necesita un nuevo modelo de desarrollo; un modelo que valore la contribución clave de la agricultura multidimensional y de la economía rural al desarrollo integral, por su aporte a la seguridad alimentaria, la seguridad energética, el suministro de agua, la generación de empleo, la preservación del medio ambiente y la provisión de paz y estabilidad social.

El nuevo modelo de desarrollo

Los anteriores modelos de desarrollo e incluso los actuales muestran una inclinación anti-rural; recomiendan la industrialización para modernizar la economía; y favorecen el crecimiento de las zonas urbanas. Esta situación trae como consecuencias la concentración de la población y su influencia política en las ciudades, lo que lleva a aumentar la inversión pública en servicios para las zonas urbanas; conduce a una persistente desigualdad entre las zonas urbanas y rurales, a pesar de las reformas implementadas a mediados de los años 80 y durante los 90; y una entrada de recursos limitada para mejorar la infraestructura rural debido a inapropiadas políticas públicas de inversión, comercio e impuestos.

Además, el aumento de la violencia y la inseguridad social y política en las zonas urbanas hace necesario destinar una mayor parte del presupuesto nacional a la resolución de estos y otros problemas sociales que se presentan en las ciudades. Lo anterior conlleva una persistente desventaja competitiva para el sector rural, a pesar de las inversiones realizadas en áreas con mucho potencial. El resultado es un círculo vicioso de la inversión pública que debe volverse a examinar.

Pero existe otro círculo vicioso: la inseguridad alimentaria. La migración hacia las ciudades y las inversiones limitadas en la economía rural dan como resultado la disminución en la producción agrícola y, por consiguiente, el gobierno debe importar alimentos para satisfacer las demandas urbanas, lo cual mina aún más la capacidad del sector rural para producir.

Frente a esta situación, hay quienes exigen una nueva revolución verde. Sin embargo, los que abogan por ella deben recordar los aspectos negativos de la última revolución de este tipo, que incluyen la exclusión de los pequeños productores, la dependencia en los pesticidas y los fertilizantes, la falta de atención a factores nutricionales y los muchos problemas ambientales relacionados con la contaminación de los suelos y las fuentes acuíferas.

Una nueva revolución verde no es suficiente; el mundo necesita un nuevo modelo de desarrollo que:

- Facilite un mayor equilibrio urbano-rural a través del desarrollo integral de ambas zonas;
- Incite inversiones mayores en las zonas rurales, las cuales son esenciales para asegurar la estabilidad social y política;
- Promueva la competitividad de la agricultura y las actividades económicas del sector rural;
- Genere empleo en los sectores agrícola y no agrícola para lograr que los medios de ganarse la vida tengan un nivel más aceptable en las zonas rurales;
- Promueva el aumento de la productividad y el suministro de alimentos, a fin de satisfacer las necesidades de los consumidores y los mercados.

Creemos que la seguridad alimentaria debe convertirse en parte fundamental de la planificación del desarrollo y debe estar vinculada a las políticas del desarrollo agrícola que son parte de las metas de desarrollo nacional. En otras palabras, los temas políticos relativos al desarrollo agrícola y la seguridad alimentaria no deben limitarse a la gestión sectorial, ya que deben formar parte de la Política de Desarrollo Nacional.

El nuevo modelo propuesto debería tener seis componentes:

- Políticas de Estado que apoyen un enfoque multidimensional y multisectorial de la agricultura y la vida rural;
- Estrategias para aumentar las inversiones en investigación agrícola, innovación y transferencia tecnológica;
- Nuevos planes de estudio en ciencias agrícolas;
- Reforma institucional de los Ministerios de Agricultura;
- Nuevas políticas de consumo de alimentos y nutrición;
- Una alianza global centrada en la reducción de la inseguridad alimentaria mundial.

Es en estos tiempos de crisis en que se debe dar prioridad a la agricultura y la vida rural en las agendas de desarrollo y en que la agricultura debe ser valorada por lo que es: el cimiento de la sociedad y la piedra angular de cualquier economía.

De vez en cuando en la historia surgen momentos en que se define el futuro de una nación, una región o una disciplina. En mi opinión, este es el momento de escribir un nuevo capítulo en el desarrollo agrícola y la seguridad alimentaria mundial. Es tiempo para tomar

decisiones, realizar acciones y asumir el liderazgo en el sector agroalimentario del mundo, con una nueva visión.

Chelston.brathwaite@iica.int